



HISTORIA DE UN MITO

CÓMO SE FORJÓ
LA LEYENDA DEL
CAPITÁN ALATRISTE,
DE ARTURO PÉREZ-REVERTE



ALFAGUARA


HISTORIA DE UN MITO

CÓMO SE FORJÓ LA LEYENDA
DEL CAPITÁN ALATRISTE,
DE ARTURO PÉREZ-REVERTE

TEXTO DE ROGORN MORADAN

ALFAGUARA

The logo for Alfaguara, featuring a stylized, intertwined knot or infinity symbol.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

- © 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
© del texto: 2025, Roberto Aníbal Gómez García
© Alatríste, S. L., de la ilustración de la cubierta
© Joan Mundet, por la ilustración de la cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

Printed in Spain – Impreso en España

Compuesto en MT Color & Diseño, S.L.

Edición no venal

Impreso en Liber Digital, S. L.
Casarrubuelos (Madrid)

Índice

1. La génesis de un personaje (1995-96) 7
2. La consolidación de una saga (1997-99) 17
3. La expansión a otros territorios culturales (1999-2006) 23
4. Íñigo se hace mayor (y el autor y sus lectores también) (2007-2024) 42
5. Treinta años después 50

1. La génesis de un personaje (1995-96)

«De todos los viajes que hice con él, con Arturo Pérez-Reverte, como editor de sus libros, desde aquel libro tan romano y tan sevillano y tan audaz, aquella *La piel del tambor*, el más silencioso y el más fructífero fue el que nos llevó por primera vez a México [en 1995]: él iba con su mochila, su chaqueta marrón, sus vaqueros de viajar lejos, sus gafas redondas de entonces y un cuaderno en el que iba escribiendo como un caballero de espada al cinto. De pronto se volvió hacia atrás y me enseñó los renglones ladeados que había escrito como quien firma. Era el guión de un invento, él dijo “un invento”; arriba había puesto: *El capitán Alatriste*. Nunca dio un manidoble así para quedarse quieto. Y ya saben ustedes qué pasó con ese invento».

Así describió Juan Cruz, entonces director de la editorial Alfaguara, en un artículo publicado en *Zenda* en 2016, el momento en el que la saga de Alatriste fue concebida como tal. Sin embargo, la historia completa viene de más atrás: uno de sus elementos más notables y conocidos es que su primera entrega lleva también en la portada el nombre de Carlota, la hija de Arturo Pérez-Reverte, no porque ella quisiera ser escritora (ya entonces quería ser arqueóloga, su ocupación actual), sino porque,

como le gustaba mucho leer, su padre le pidió que lo ayudara a documentarse. Y así, ella fue la que buscó información sobre detalles como la ropa de la época y los cuadros de Velázquez; dio ideas, estudió mapas antiguos de Madrid incluso con lupa para saber cuántas ventanas tenía una casa concreta en una plaza determinada... ¿Y todo esto por qué? Porque el libro de texto escolar con el que Carlota, entonces de doce años, estudiaba el Siglo de Oro dedicaba un espacio demasiado exiguo a una época tan importante. Fue ese otro de los elementos clave para llegar a la idea de escribir una serie de libros que se acercara adonde no se estaba llegando. De esa forma, ella se fue implicando junto a su padre para poder conocer de verdad esos tiempos tan interesantes, que tanto determinaron lo que somos ahora y que tan bien explican la España actual.

Pero ni siquiera fue ahí cuando germinó la primera semilla. Para eso habría que irse a la infancia del propio Arturo Pérez-Reverte: «A mi padre le gustaba mucho el teatro del Siglo de Oro. Recordando que empecé a poner el oído al verso a través del *Tenorio de Zorrilla* y de otros dramaturgos. Siempre que había teatro en Cartagena me llevaba con él, y para mí esa imagen del capitán de los tercios que aparecía en escena me subyugó desde el principio: su bigote, su capa, su espada, su sombrero, su forma de hablar de honor, de lealtad, de amor, de paz, de guerra, de camaradería... A eso hay que añadir la lectura precoz de *Los tres mosqueteros* y la introducción en el mundo de Dumas, y ahí se ge-

nera ya una familiaridad con el personaje que te acompaña toda la vida. Creo que lo veo por primera vez cuando estoy haciendo un artículo para *El Semanal* titulado “La fiel infantería”, en el que hablo sobre *La rendición de Breda*, de Velázquez, y, a la hora de contar el cuadro, uso la voz narrativa de un soldado anónimo, sin rostro, que lleva la tercera lanza por la izquierda. Ahí me aproximo al soldado de las guerras de Flandes y del XVII, y es la primera vez que genero mi primera visión del personaje».

Pérez-Reverte siempre ha descrito su manera de escribir como un sacar de la mochila las cosas que ha ido metiendo en ella durante su vida, más azarosa que la de la media, y en este caso, a los cuarenta y cuatro años de edad, se juntaron sobre la mesa ese Tenorio infantil, miles de libros leídos, heredados, comprados y reunidos en una biblioteca cada vez más grande, más de dos décadas de reportero de guerra en prensa, radio y televisión (1973-1994), una hija de doce años, un descontento sostenido con el decreciente nivel educativo y político de su país, tres años como columnista fijo en *El Semanal* y nueve libros ya publicados, con un éxito cada vez mayor.

Sólo unos meses después, en octubre de 1996, Cruz anunció durante la Feria del Libro de Fráncfort que la novela *El capitán Alatriste* se presentaría en Madrid dos meses más tarde. Pérez-Reverte no estaba presente ese día junto a él, dado que se encontraba en Bosnia, involucrado en la preparación del rodaje de la película *Territorio comanche*, basa-

da en otro libro suyo, pero sí estaba allí el hombre que había dado nombre al espadachín: el homólogo mexicano de Cruz en Alguazara, Sealtiel Alatríste, cuyo apellido había fascinado tanto a Pérez-Reverte que le había prometido que algún día lo usaría en alguna de sus novelas. Ahora que esa promesa ya estaba haciéndose realidad, el propio Alatríste definió ese día a su «familiar» literario como «un intento de recuperar el placer por la literatura de aventuras, de volver al folletín literario del siglo XIX, en el espíritu de la literatura de los grandes héroes».

Según la información que Alguazara facilitó a la prensa en esa ocasión, Diego Alatríste se presentaba como «un soldado veterano de los tercios de Flandes que malvive de espadachín a sueldo en el Madrid del siglo XVII. Sus aventuras peligrosas y apasionantes nos sumergen sin aliento en las intrigas de la corte de una España corrupta y en decadencia, y las emboscadas en callejones oscuros, entre el brillo de dos aceros». También se mencionó que el plan inicial era publicar una serie de seis novelas, a una por año, que la tirada de la primera edición sería de cien mil ejemplares (en aquel momento, la novela anterior de Pérez-Reverte, *La piel del tambor*, había vendido ya cuatrocientos mil), y que el lanzamiento vendría acompañado de una sorpresa.

El primer resultado de todos esos ingredientes se dio a conocer en las ruedas de prensa de presentación de la primera novela: la mañana del 3 de diciembre de 1996, en Madrid, y esa misma tarde,

en Barcelona. Pérez-Reverte explicó entonces que «*El capitán Alatríste* empezó siendo un divertimento: iba a ser una obrita de setenta páginas, pero a medida que me fui metiendo en el siglo XVII, el libro fue creciendo. Releí a Lope, a Quevedo, a Calderón, y según leía, más me parecía que hablaban de la España de ahora. Todo lo que pasa hoy estaba entonces allí: la corrupción, el poder de los validos, los fueros... Me parece obligado recuperar sin alharacas un siglo que no es ni tan abyecto como se dice ahora ni tan maravilloso como se decía durante el franquismo. Alatríste es un espadachín a sueldo, un tipo más bien amoral, y muy español en sus defectos y virtudes. Representa a un pueblo contrastado con los poderosos, un ser literario pero vivo. Su mezcla de sangre, cainismo, fatalismo, resignación, cólera e impotencia es muy española. He tratado de ser muy minucioso con el lenguaje y los detalles técnicos. Y en cuanto a Carlota, firma la novela en portada porque fue una gran ayuda para la preparación. No ha escrito ni una línea, se ha limitado a buscar documentación, pero lo cierto es que ahora mismo es una experta en el Siglo de Oro. Le pagué veinticinco mil pesetas por su trabajo, que fueron a su cuenta de ahorros. Es para mí el contraste perfecto de los puntos de vista de Íñigo Balboa. En lo sucesivo, pienso utilizarla descaradamente como punto de vista del personaje».

Pérez-Reverte dijo también que escribir esta saga no le impediría trabajar en otras novelas. «Cuando ande enfrascado en una de ellas, dedicar

un mes o dos a una de las entregas de Alatríste resultará incluso refrescante». Por cierto, durante la misma rueda de prensa se anunció que la tirada inicial, finalmente de ciento cincuenta mil ejemplares, se había agotado en una sola semana y que se iban a reimprimir veinte mil más.

La semana siguiente se descubrió cuál era la sorpresa prometida por Cruz: una función teatral de veinte minutos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, donde el honor de ser la primera persona en encarnar al capitán Alatríste recayó en el actor Juan Diego. «Por primera vez en la historia, un novelista utiliza el teatro para presentar su libro», dijo Cruz en aquella ocasión, con Juan Echanove (futuro Quevedo en el cine) y José Sacristán entre los espectadores. Diego, haciendo de Diego, señalaba durante su actuación que Alatríste era esa famosa «tercera lanza por la izquierda» en el cuadro *La rendición de Breda*, pintado por otro Diego más, Velázquez, proyectado al fondo del escenario, donde «hasta el caballo del general Spínola ocupa un lugar más preeminente que la mejor infantería del mundo». Alfonso Delgado, que interpretaba a Quevedo, aprovechaba la ocasión para volver a mencionar a Góngora: «Ni siquiera los siglos templan los viejos odios». Y en cuanto a los metales preciosos que venían de América, poco se veía por las calles: «¿Plata? ¡Pardiez! La justa». «Aterra comprobar lo españoles que somos todos. Lo iguales que podemos llegar a ser a nosotros mismos», decía también Alatríste, mientras hablaba de sí mismo como «un superviviente mezquino pero generoso,

cruel pero valiente, que lamenta no haber tenido buenos reyes, buenos gobernantes, para haber llegado a ser un buen vasallo».

Lo que finalmente se encontraron los lectores en el libro era una recreación de «esa España fascinante y peligrosa del siglo XVII», a través de un episodio histórico tan novelesco que resulta difícil creer que fuera real: la visita de incógnito a Madrid que hizo el entonces príncipe heredero al trono de Inglaterra, Carlos, junto a su favorito, el duque de Buckingham, para impresionar a la corte española de Felipe IV y pedir la mano de su hermana en matrimonio. En torno a él, aparecen inolvidables personajes de ficción como la tabernera Caridad la Lebrijana, el joven Íñigo Balboa (entonces de doce años y narrador de la saga desde su vejez, décadas más tarde), el taimado espadachín italiano Gualterio Malatesta, el apuesto conde de Guadamedina o la menina de la reina Angélica de Alquézar, junto a otros reales, como el poeta Francisco de Quevedo, tan ducho con la pluma como con la espada. Era una historia que mostraba con orgullo sus fuentes: los libros de historia pura y dura, incluyendo las colecciones de noticias y «avisos» de aquel tiempo, y las novelas de aventuras de Dumas, Salgari, Sabatini, Féval y varios más. De hecho, la portada en tono sepia, el mayor tamaño del volumen, las letras capitulares adornadas y las ilustraciones a página completa, una por capítulo, completaban el homenaje al folletín decimonónico incluso desde el punto de vista gráfico y visual.

A todo esto se añadía la tradición picaresca española del Lazarillo o el Buscón, el teatro de capa y espada de Lope de Vega o Tirso de Molina, los memoriales escritos por los propios soldados de la época, como Alonso Contreras, Jerónimo de Pasamonte o Diego Duque de Estrada, y siempre Miguel de Cervantes en el recuerdo, muerto menos de una década antes del comienzo de las novelas. «Mi teoría es que el teatro del siglo XVII fue tan intenso que los temas de capa y espada quedaron machacados y casi nadie los retomó después. Los héroes de ficción siempre eran de otros países (los mosqueteros, Perceval, etcétera) pero nadie hablaba de mitos españoles, cuando nuestra cantera de aventureros y de peripecias es riquísima y, además, tienen un entronque clásico: ahí están Quevedo, Lope o Calderón. Con él pretendo acercar el mundo de la aventura al mundo de la cultura sin que resulte erudito ni cargante. Que el culto lo lea como un guiño cómplice y el lector inocente como un libro de aventuras, y que al mismo tiempo le queden cosas en la cabeza». A esto contribuían también los «extractos de las flores de poesía de varios ingenios de esta corte» con los que se cerraba el volumen entre sonetos y décimas.

Completaba la lista de ingredientes un cierto código de honor hecho en la calle y en la guerra, en medio de un mundo duro y con pocas concesiones. Y del mismo lugar procedía el lenguaje usado, que tenía un aroma clásico, con abundancia de vocabulario de la época, en especial de la jerga de la germanía de los bajos fondos; pero en ningún

momento pretendía la obra ser un tratado filológico, de manera que el lector que ya iba camino del siglo XXI como por la posta pudiera comprenderlo sin dificultades. «He tardado mucho en llegar a ese lenguaje, recuperando palabras antiguas que se entiendan por el contexto sin tener que ir al diccionario. Ha sido un desafío complicado pero divertido, y era un riesgo. Pero lo que no puedes hacer es un libro absolutamente fácil; el lector también tiene que poner de su parte. Ésa es mi dignidad como autor: mantener un nivel. Yo quiero escribirlo así y que el lector haga un esfuerzo; que juegue según las reglas».

El tono era aventurero, valeroso, a veces cruel, a ratos incluso arrogante, pero nunca fanfarrón, y sobre todo no perdía nunca de vista quiénes salieron ganando en aquella época y quiénes sostuvieron con su sangre y sus vidas aquel imperio en el que no se ponía el sol, a menudo sin recompensa digna. Era una mirada lúcida, crítica, que contaba las luces y las sombras, y sobre todo animaba al lector a querer saber más. A quien por alguna razón aún no haya leído este primer Alatríste, se le puede recomendar que se haga con la «edición especial» de 2009, con una introducción de cien páginas de Alberto Montaner, para tener todas las claves de la saga a mano.

Tras la campaña de Navidad y Reyes 96-97, la cifra de ventas («yo pensaba que iba a vender quin-ce mil», había dicho el propio autor) había llegado a los doscientos cincuenta mil. Completando, tras Sevilla, la ronda de presentaciones en Murcia en

enero de 1997, Pérez-Reverte expresaba que *«El capitán Alatriste es una especie de ajuste de cuentas, de reivindicación de un tipo de literatura con la que fui muy feliz cuando era jovencito, y que luego ha sido muy denostada por los gerifaltes y por los doctos de las bellas letras. Es una recuperación de esa forma de contar historias como siempre se contaron: tiene su planteamiento, su nudo y su desenlace. Es narración pura, con peripecias, ese libro que, supongo, ningún editor me habría publicado hace diez años, pero que ahora, por suerte, ahí está»*. Al tiempo, parecía ya tener en mente lo que acabaría siendo *La carta esférica* («llueve en las orillas de Troya mientras zarpan las naves», «novela que se desarrollará en la costa mediterránea durante el siglo XVIII y en la que aparecerán Cartagena y otros lugares del Mediterráneo», mencionó a los periodistas murcianos), pero ese proyecto tendría que esperar tres años más. Antes de Manuel Coy y Tänger Soto, habría más Alatriste.

2. La consolidación de una saga (1997-99)

El 3 de noviembre de 1997 llegó a las librerías *Limpieza de sangre*, la segunda entrega de la saga, con una tirada inicial ya directamente de doscientos cincuenta mil ejemplares, batiendo un récord absoluto en España, al que no llegaban ni siquiera los premios Planeta de entonces. Se vendieron todos en tres días, mientras que la primera novela ya alcanzaba los cuatrocientos mil. «Pérez-Reverte es un fenómeno», declaró Juan Cruz entonces. «Hemos hecho un sondeo entre libreros y, ante la demanda que planteaban, no nos compensaba salir con una tirada más baja». La primera rueda de prensa llegó esta vez al centenar de periodistas, incluyendo representantes hispanoamericanos, lo cual reflejaba cómo había sido recibida la saga al otro lado del Atlántico.

Su autor dijo haber tardado unos seis meses en completar la novela, aprovechando la cantidad de investigación ya hecha para la primera entrega, y sobre ella comentaba: «Este episodio es más pesimista que el anterior, porque la historia de España es muy siniestra. Pero al mismo tiempo también me ha salido más redondo, porque a medida que la serie avanza me voy familiarizando más con el personaje. Con esta serie quiero demostrar que

hay vetas muy ricas de la historia de España que han sido inexploradas por nuestra literatura, y la cosa funciona, porque la primera novela ha tenido un éxito que me sigue sorprendiendo. Esta reacción me ha servido para comprobar la pasión por la lectura que hay en este país, que, contra lo que muchos creen, no ha tocado techo».

Con esta segunda novela se establecía el costumbre de que cada nuevo libro estaría articulado en torno a un tema diferente que tuviera que ver con la España de entonces (y de ahora), en este caso la importancia de la religión y el papel de la Inquisición en la sociedad, tras la presentación de la villa y corte de Madrid en la novela inaugural. Si a alguien le parece que no es un tema que resulte tan relevante hoy, que se quede con este pasaje de la obra: «Desconfíen siempre vuestras mercedes de quien es lector de un solo libro» (una de las frases favoritas, por cierto, y citada en redes sociales, de Chelsea Clinton, la hija del expresidente estadounidense). El escritor reconoció que había intentado que la peripecia y la aventura primaran en *Limpieza de sangre*, para que cada lector «saque la conclusión que prefiera». También respondió así a una de las preguntas más recurrentes: «Alatriste no soy yo, pero de todos mis personajes es sin duda al que más he prestado de mí mismo; piensa como yo, mira como yo, cree como yo que a veces es necesario batirse y pelear por lo que se ama, aborrece como yo a los fanáticos y coincide conmigo en que es necesario tener valor y decir no cuando hay que decir no. Eso es esencial para mantener tu digni-

dad personal. También tiene lazos familiares con los héroes de mis otras novelas, eso es evidente, porque su mirada es también la del padre Quart en *La piel del tambor*, Lucas Corso en *El club Dumas* o Muñoz en *La tabla de Flandes*».

Repitiendo sorpresa, como con la primera novela, un par de semanas después Pérez-Reverte volvió a un teatro madrileño, esta vez el Lara, para hablar cara a cara con uno de sus propios personajes, Íñigo Balboa, interpretado por Carlos Hipólito, con una jarra (supuestamente de vino de San Martín de Valdeiglesias) y un vaso de agua entre los dos, mientras el autor respondía a las preguntas de quien hacía de rapaz de catorce años. «Tu siglo fue una combinación de miserias y de grandezas. Ahora sólo nos quedan los mediocres, ya no hay un Quevedo por las calles, sólo encontramos miserables. A Quevedo me habría gustado tenerlo de amigo e ir de tascas con él. Así fue la historia, y somos lo que somos porque así fueron las cosas en tu tiempo». Íñigo le preguntaba por las mujeres, sobre todo con relación a su amada Angélica de Alquézar, y su creador le prometía «cumplido papel en el futuro en ese grato terreno». Y entonces, desde el público, el actor Sancho Gracia se levantó pidiendo para sí el papel de... Gualterio Malatesta.

Para cuando Pérez-Reverte llegó a Argentina a promocionar los dos primeros alatristes en marzo de 1998, ya decía que el proyecto era «una novela de dos mil páginas que estoy contando en cachitos de doscientas». Añadió también que «la fase de preparación es casi más divertida que la de escribir», que

«cada uno tiene la lengua que se merece, y nosotros tenemos el español, una lengua extraordinaria» y ponía en valor la lengua española diciendo que «un soneto de Quevedo vale mucho más que toda la obra de Shakespeare». Desde Argentina se informaba de que «pocos escritores extranjeros han tenido tanto eco en Argentina, fuera del leído Buenos Aires, como el que cosecha estos días Pérez-Reverte. Su nombre está presente en los diarios y en los estantes de muchas librerías. Las ventas de los dos títulos publicados hasta ahora de las aventuras de Alatríste están a punto de llegar al millón de ejemplares. Una cifra espectacular, que los editores de Alfaguara tienen muy en cuenta a la hora de aprovechar el tirón de Arturo Pérez-Reverte para introducir en América a otros autores».

Durante las promociones de *Limpieza de sangre*, Pérez-Reverte había dicho que en breve volvería a centrarse en «una novela larga sobre un fotógrafo que se retira a un pueblo junto al mar y quiere pintar la foto que nunca pudo hacer. Es una reflexión sobre el siglo que agoniza, aunque espero no ponerme demasiado trascendente». Sin embargo, también ese bosquejo tendría que esperar, ocho años más, porque tras restañar heridas y aprender sobre la dura vida aurisecular, Alatríste e Íñigo se irían a la guerra. De todas formas, en julio, presentando en México el recopilatorio de artículos *Patente de corso*, Pérez-Reverte ya dio un primer aviso, por si alguien empezaba a verlo solamente como el padre de Alatríste: «En Francia, Alatríste salió hace apenas veintidós días y lleva vendidos ya cuarenta mil ejemplares.

Ha sido una cosa que no me esperaba. Lo que pasa es que me crea problemas, porque era un personaje creado por pura diversión y ahora me lo estoy tomando mucho más en serio. La gente me pide, me llama y me escribe, y ahora comprendo por qué Conan Doyle mató a Sherlock Holmes, porque se volvió muy molesto». Valga esto como ejemplo de los proyectos ya ideados que el autor cartagenero debió posponer durante años para dar a la imprenta más alatrístes.

El 17 de noviembre de 1998 se presentó en Madrid el tercero, *El sol de Breda*, también con una tirada inicial de doscientos cincuenta mil ejemplares, y ambientada durante una de las campañas de las tropas de la monarquía hispánica de Felipe IV en Flandes. En ella, Pérez-Reverte ahondaba en sus experiencias como reportero de guerra. «En la guerra huele, hay barro, mierda, horror y angustia, y también cosas que la hacen soportable. Quería hablar de eso. Yo tuve mis Flandes particulares, y entre Sarajevo y Breda no hay tantas diferencias. El fondo moral y las tragedias siempre son las mismas. He tratado de no caer ni en el canto imperial ni en la condena absoluta. Entre el barro, la sangre y las trincheras, los españoles mostraron lo mejor y lo peor que tienen. La guerra que libraron los tercios españoles en Flandes fue dura, sucia y cruel, pero la historia, que no es ni de derechas ni de izquierdas, hay que recordarla. Me siento muy español, pero sin caer en el patriotismo. Ni yo ni mi novela somos “españolistas” ni hacemos cantos imperialistas. Dudo mucho que alguien haya

dicho cosas tan duras y salvajes sobre España como he hecho yo en los libros de Alatríste. La historia es la que es, pese a que los políticos la utilicen como arma arrojadiza. Yo admiro al peón del ajedrez, es mi pieza favorita, la que no sale en la foto, y por eso la portada de este libro es, precisamente, la famosa imagen de la rendición de Breda, pero desde el ángulo de los soldados».

También se anunciaron varios detalles de interés, como la apertura de la primera página web oficial dedicada a la saga y la traducción de las novelas al euskera y al catalán. Por entonces sólo había en el extranjero una traducción danesa («me salió un editor danés absolutamente entusiasta de Alatríste, que se emocionaba y lloraba, y me dio tanta cosa que le dije “bueno, pues tradúcela”, y fue la primera») y una francesa («porque esto es también parte de su historia»), pero Pérez-Reverte no quería una traducción al inglés «porque no tengo por qué dar a un inglés más argumentos para criticar España; los trapos sucios se lavan en casa». Sobre todo, fue la primera vez que se insinuó que podría haber más que las seis novelas anunciadas en principio, y que Alatríste no moriría durante una de ellas.

3. La expansión a otros territorios culturales (1999-2006)

A partir de enero de 1999, la vertiente didáctica de Alatríste empezaría a tomar vuelo cuando Pérez-Reverte comenzó a visitar a varios grupos de estudiantes de secundaria en diferentes ciudades españolas, principalmente en teatros o auditorios, en grupos de entre trescientos y ochocientos. Alatríste y la asignatura de Historia eran uno de los atractivos del encuentro, pero las lecciones a menudo salían de las páginas e iban más allá: «Los malos, aunque ganen, que no ganen tranquilos. Que, por lo menos, les quede una herida en el cuerpo, que se agazape en su recuerdo algo del temblor que les despertaron los buenos, esos mismos buenos que siempre pierden todas las batallas. Aunque los malos mueran millonarios en Marbella, antes de eso vamos a joderles un poco», dijo por ejemplo ante un numeroso grupo en la Diputación de Sevilla. «¿Las borracheras silenciosas de Athos son las mismas que las del capitán Alatríste?», le preguntó uno de los asistentes. «Buena pregunta. Se nota que has leído *Los tres mosqueteros*. Athos era el que más me gustaba. A Alatríste le presto esas borracheras silenciosas de Athos». Veintiséis años más tarde, Athos, y tres conocidos camaradas suyos, aparecerían en la octava novela de

Alatríste. En Buenos Aires, durante otro encuentro con escolares, Fernando Estévez, director de Alfaguara Argentina, manifestó: «No sabíamos que los libros de la serie del capitán Alatríste se utilizan casi como libros de texto para explicar la historia de España en algunos centros escolares, por iniciativa de los propios docentes y bibliotecarios». Esto demostraba que Alatríste iba creciendo de una forma orgánica, y que la rama del aprendizaje para jóvenes se desarrollaba tanto o más que la del disfrute para adultos.

El plan inicial era publicar el cuarto Alatríste a finales del año, pero Pérez-Reverte quería terminar antes esa larga novela de barcos antiguos y modernos en el Mediterráneo, en la que quería poner especial cuidado, así que 1999 fue uno de los escasos años en que el autor cartagenero no publicó ningún libro, pero eso se compensó en 2000, con *La carta esférica* en marzo y con el cuarto Alatríste, *El oro del rey*, en noviembre. Antes de eso, sin embargo, en septiembre, se había presentado la traducción al neerlandés de *El sol de Breda*, en un acto durante el que Pérez-Reverte «devolvió» simbólicamente las llaves de la ciudad entregadas a Ambrosio Spinola hace ahora cuatrocientos años justos (1625), bajo la réplica del célebre cuadro de Velázquez que colgaba en el ayuntamiento de la ciudad. «Los huesos de los españoles de entonces se revolverían en sus tumbas, así que me limitaré a darle un abrazo», le dijo el entonces alcalde en funciones, ante un público compuesto por obispos, gobernadores de academia militar, generales y miem-

bros de la Embajada Española y del Instituto Cervantes. «El lienzo es una obra maestra y me encanta. Habla de la caballerosidad y el sentido del honor de los españoles. Pero la cosa no fue así. La verdad es todo lo que se ve al fondo: la sangre, el humo, la gente que sufre y el dolor». Doce años después de la toma de Breda, la ciudad fue recuperada por los holandeses, pero las famosas llaves nunca se encontraron. Lo que Pérez-Reverte entregó entonces fue una llave de hierro del siglo XVII, muy parecida a la que pintó Velázquez, que encontró en un anticuario mientras se documentaba. «La reconocí inmediatamente. Imaginé el recorrido que había hecho durante todos estos años: de las manos de Ambrosio Spinola a las del rey, de las del rey a un arcón de palacio... y mucho tiempo después, seguramente en los años de la República, vendida a bajo precio en cualquier lado. Me pidieron una fortuna por ella».

El 3 de noviembre de 2000 se publicó *El oro del rey*, con la gran novedad, en la que fue pionero, de que salió en internet antes que en las librerías. En conferencia de prensa en la Casa de América, conectando en directo vía satélite con Argentina, Colombia, México y Estados Unidos, en lo que se veía como todo un alarde tecnológico, Alfaguara anunciaba que la novela permanecería un mes en la red, para que pudiera descargarse al precio de tres euros/quinientas pesetas. Uno de los principales puntos de debate era si esto facilitaría el pirateo del libro y la copia ilegal. «Cuanto más me fotocopien, mejor», respondió Pérez-Reverte entonces.

«El escritor quiere que lo lean, y la potencia de internet para llegar a todos los lugares del mundo es inmensa. Por eso me puedo permitir el lujo de que lo pirateen». Los centros docentes y la extensión de la cultura cuanto más lejos mejor también eran ya parte del razonamiento. «Para los colegios, donde igual no pueden comprar treinta ejemplares, las descargas de internet son una forma fácil de acceder, y además son una forma de llegar a lectores de pueblos perdidos de Perú, de Cuba, de lugares adonde no llegan los libros o son muy caros».

Además, por mucho que la mística del peso del libro en las manos, el olor, la textura y su sitio acompañando a muchos otros en unas estanterías cada vez más extensas siga siendo el sueño de cualquier lector empedernido, internet empezaba a ser el presente más que el futuro, y esta novela en principio dedicada al pasado daba un paso decidido en esa dirección. Pérez-Reverte, sin embargo, puso tres condiciones para decir sí a este tipo de lanzamiento: que no hubiera publicidad entre página y página, que el precio fuera asequible y que el libro, en un mes, estuviera en las librerías, para que el lector pudiera elegir formato. Al principio no se iba a cobrar nada por descargar el libro, pero la inversión tuvo un coste, y había que compensar de alguna forma ese gasto. En un momento en el que los lectores de Pérez-Reverte ya se habían adentrado en las procelosas aguas de la navegación por la red, por ejemplo, creando el foro no oficial iCorso, esta iniciativa se vio en la industria editorial española como el momento definitivo en que

la difusión de los libros por internet había llegado para quedarse, de una u otra forma. Hasta entonces sólo había habido un puñado de ejemplos anteriores en todo el mundo (Stephen King, Ernesto Sabato, Fernando Arrabal), pero ninguno de ellos se había atrevido a probar de verdad con uno de sus grandes lanzamientos. Hubo incluso artículos de prensa enteros en los que el redactor, considerándolo una noticia de alcance, explicaba paso a paso cómo había sido su experiencia de descarga del libro, y advertía de que llegaría en un formato llamado PDF que requería otro programa para abrirlo; los titulares destacaban que «mil lectores compran cada día en internet el nuevo Alariste» (tres mil en los primeros tres días), a un ritmo de compra de entre las ochenta y las noventa adquisiciones por minuto, «teniendo en cuenta que el proceso de descarga del texto apenas dura dos minutos», y que solamente el 55 por ciento lo hacían desde España. El portal Inicia calificaba el resultado de «espectacular», y hasta el diario francés *Le Monde* se hizo eco de la iniciativa.

Un par de semanas después llegaba otra nueva idea internetera: un «chateo» *online* durante el que Pérez-Reverte recibió seiscientas cuarenta preguntas en una hora, de las que pudo responder unas sesenta. Entre las respuestas, afirmó que «tengo la certeza de que no se venderá ni un libro menos en las librerías cuando el 1 de diciembre aparezca *El oro del rey* en su formato habitual. Conozco a un librero que ha informatizado su librería y está en Internet. Si él está, ¿por qué no yo?». Para cuando

llegó ese 1 de diciembre de 2000, el libro se había descargado ya más de trescientas treinta mil veces, y después se vendió en papel tanto como los anteriores. Pérez-Reverte estaba en ese momento en México, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, donde conversó con Germán Dehesa y con el propio Sealtiel Alatríste, cuyo padre, dibujante y gran aficionado a las historias de capa y espada, había pintado y expuesto varias ilustraciones del personaje con el que comparten apellido.

En cuanto a esa cuarta novela en sí, ocurre principalmente en Sevilla y alrededores, y el foco esta vez se coloca sobre la importancia de los metales preciosos traídos de las Indias, a través de un intento de asalto a un barco cargado de oro. Sin embargo, brillan con luz propia en este libro las escenas en las que Alatríste y sus camaradas se internan por los bajos fondos sevillanos a la búsqueda de hombres para la misión, con un uso del lenguaje de germanía y una descripción de actitudes y caracteres que raya a gran altura. Es también la novela en la que se sabe cuándo morirá Alatríste (durante la batalla de Rocroi, en 1643, a los sesenta y un años), y en la que uno de los personajes se apellida Saramago, porque el escritor portugués se lo pidió. «Uno de los privilegios de la ficción es que puedes hacer guiños a los amigos y también a los enemigos». La saga entera está llena de nombres elegidos *ex profeso* para este propósito (otro amigo que aparece en la novela es Juan Eslava Galán, en forma de proxeneta de la Alameda de Hércules, y junto a él y a Rafael de Cózar se presentó

el libro en Sevilla, donde ocurre gran parte de la acción).

Siendo una novela con una presencia bastante importante de gente de los bajos fondos, uno de los temas principales es la dignidad y el honor más allá de las posibilidades económicas y las duras circunstancias de cada uno. Para entonces, las peculiares y personalísimas reglas no escritas que adopta cada personaje en su comportamiento, no sólo el propio Alatríste, ya eran uno de los puntos más importantes de cada situación en la que se encontraban los protagonistas. «Al final lo que cuenta es la lealtad a ese tipo de cosas. Yo lo que más admiro es el valor del tipo que es capaz de pelear por aquello en lo que cree. Alatríste sabe que no va a ganar. Es español y es lúcido. Sabe que no hay victoria posible; pero también sabe que no puede dejarse llevar por ese río de basura».

A partir de mayo de 2001, con dos millones de ejemplares vendidos de la saga sólo en español, Alfaguara y Santillana lanzaron ediciones escolares de las cuatro novelas publicadas hasta entonces, más baratas, con nuevos prólogos (de José Perona, Alberto Montaner, Gonzalo Santonja y Rafael de Cózar, así como del quinto, más adelante, de Gregorio Salvador) e ilustraciones de Joan Mundet, y acompañadas de materiales didácticos para ser usados en las aulas. La inspiración provino de dos profesoras mexicanas de secundaria que habían elaborado su propia guía de lectura, y al comprobar que algunos docentes españoles también recomendaban a sus estudiantes estos libros, la idea se

hizo realidad. La guía de profesores, según explicó el director educativo de Santillana, Miguel Barreiro, incluía sugerencias para el estudio completo de las obras en tres asignaturas: Historia (el siglo xvii y la decadencia del imperio de Felipe IV), Literatura (las voces del Siglo de Oro) y Ética (honra, honor, sangre, picaresca, amor al dinero, corrupción, poder absoluto). Todo esto dejaba a Pérez-Reverte con una sensación rara, «la de haber hecho por primera vez algo útil de verdad en mi vida. Primero, estoy contento por razones prácticas. Los autores y las editoriales, por razones económicas, solemos ser remisos a abaratar los libros. Pero, ya que he vendido dos millones de copias, se acabaron los cálculos. Había mucha presión escolar, mucha demanda, y aquí está este pequeño lujo. Y en segundo lugar, el orgullo me viene de motivos ideológicos: traté de contar lo bueno y lo malo, lo miserable y lo fascinante de aquella España, que es, más o menos, como la de ahora. Había hijos de puta a punta de pala, pero también gente que soñaba, creaba, viajaba, escribía y hablaba con una riqueza que ya sólo existe en Latinoamérica. Y es un orgullo saber que los alumnos van a poder acceder ahora a todo eso».

2002 iba a ser el año en el que la expansión lúdica, didáctica y cultural de Alariste iba a multiplicarse con gran rapidez. En enero comenzó a publicarse un coleccionable en diecisiete entregas de doce páginas cada una, distribuido gratuitamente con *El País* los domingos. En él, Diego Alariste se transformaba en cómic con guión del propio

Pérez-Reverte y dibujos de David Jiménez, que recontaba las aventuras de las novelas originales, junto a una segunda parte histórica, en forma de enciclopedia para jóvenes lectores, una aproximación divulgativa a la vida cotidiana de la España de Alariste, en lenguaje moderno y didáctico, dirigida por Eslava Galán. El coleccionable luego aparecería editado en libro de tapa dura, bajo el título *El capitán Alariste y la España del Siglo de Oro*. También aparecieron dos cuidados y muy recomendables juegos, uno de rol y uno de mesa, creados por Ricard Ibáñez y Antonio Catalán, dos grandes expertos en su campo, con los que los aficionados podían imaginar sus propias aventuras alaristescas con dados, tableros y decisiones a vida o muerte.

Para continuar con el despliegue, ese verano comenzó, dentro del programa «Paseos por Madrid» organizado por el Ayuntamiento, una ruta teatralizada para visitar el Madrid del Siglo de Oro, ayudados por un guía que hacía de uno de los personajes de la serie. Durante el paseo, otros como Quevedo, Calderón, la Lebrijana o el mismo Alariste iban apareciendo para representar escenas de la vida cotidiana del siglo xvii. Estas visitas tienen lugar desde entonces cada año, y a menudo comienzan en la que fue la casa de Lope de Vega, en el barrio de las Letras. Al terminar, siempre puede uno irse a la mismísima Taberna del Capitán Alariste (calle Grafal, 7), abierta unos años más tarde, con una carta que incluye tarta de Flandes, migas de la Lebrijana o chuletada del capitán. El

restaurante, en pleno Madrid de los Austrias, está casi en el mismo sitio en que se sitúa la Taberna del Turco en las novelas, y su decoración también merece ser vista por sí misma. En Sevilla, el restaurante de Enrique Becerra, que aparece en *El oro del rey*, servía carrillada de puerco Alatríste hasta su cierre en 2020.

Como colofón, en diciembre se presentó un sello de Correos dedicado a Alatríste, parte de un homenaje a personajes de cómic y literatura popular españoles, como El Jabato, El repórter Tribulete, Zipi y Zape o El Coyote. El sello de Alatríste partió con una tirada de quinientos cincuenta mil ejemplares y lo representa en actitud combativa con armas en ambas manos, mientras que la hoja bloque que lo acompaña está configurada con escenas de sus aventuras. En el terreno del *merchandising* al estilo masificado para coleccionistas, Alatríste nunca se ha mostrado interesado en grandes aspavientos. Las grandes sagas internacionales de elfos, magos o dragones fabrican toneladas de productos y mercaderías cada año, pero en lo alatrísteo ha sido suficiente con un puñado de figuritas del capitán, espada en mano, en las creaciones de Ferprad S. L. y Miniaturas Élite. También hay otra de metal, de pie en una esquina, de Andrea Miniatures, y un busto de tamaño 1/15.

En enero de 2003, el trabajo hecho con la saga Alatríste dio uno de sus frutos más reconocidos: el nombramiento de Arturo Pérez-Reverte como miembro de la Real Academia Española, para ocupar el sillón T. «Lo que está muy bien de la Acade-

mia es que los académicos son gente educada que ha leído a Galdós, conoce a Quevedo y sabe quiénes son Ginés de Pasamonte y Diego Duque de Estrada. El oficio de escritor es muy solitario, y que gente así, respetable, mayor, lea tus libros y te vote tan mayoritariamente es muy agradable y muy gratificante. Pero si tuviera que dar un titular como periodista, diría que son mis lectores quienes entran conmigo en la Academia. Si cada libro lo leen cuatrocientas mil personas, son ellas las que se sientan en la RAE».

Tan claro quedaba que Alatríste y su esfuerzo lingüístico habían sido claves para ser elegido académico que su discurso de entrada, pronunciado el 12 de junio de 2003, se tituló «El habla de un bravo del siglo XVII», un texto divertido e informativo que hizo reír en varias ocasiones a los asistentes, entre ellos el entonces príncipe Felipe. «El habla de esta gente quedó recogida en una abundante literatura contemporánea, incluidas brillantes páginas realistas de los más grandes autores de aquel tiempo, una manera de hablar inagotable, imparable, viva. Han transcurrido cuatro siglos y esa jerga del hampa, riquísima, barroca, salpicada de rezos y blasfemias, no está muerta ni es una curiosidad filológica. Además de su influencia en el español que hablamos hoy, la germanía del siglo XVI y XVII es un deleite de ingenio y una fuente inagotable de posibilidades expresivas. A menudo recurro a ella en mis novelas sobre el Siglo de Oro español y les aseguro que, debidamente contextualizada, todavía funciona. Podría haber escrito mi discurso so-

bre el argot de las cárceles modernas, que lo conozco bien, pero me gustó la idea de que Alatríste entrara en la Academia. Además, por mi trabajo de reportero he tratado con chorizos y traficantes, que manejan esta parte del idioma, y alguno, ya reconvertido, asistirá a mi ceremonia de ingreso».

Cuatro meses después del discurso, en octubre de 2003, se anunciaba que Alatríste iba a convertirse en largometraje. Con Agustín Díaz Yanes como guionista y director, y Antonio Cardenal como productor, desde el principio se decía que incluiría el futuro, y hasta el momento final de Diego Alatríste más allá de las novelas. Además, se revelaba que Pérez-Reverte estaba pasándole a Díaz Yanes el contenido de la quinta novela y otros detalles posteriores, para ir elaborando el guión.

Al tiempo, llegaban más detalles de ese quinto Alatríste, el primero de los tres que no aparecía en el plan original. El título iba a ser *El caballero del jubón amarillo*, y los primeros en preguntar a Pérez-Reverte por él iban a ser seis estudiantes de Madrid y Alcobendas en un artículo para *El Semanal*, con los que conversó sobre cómo la gente de su edad va cambiando en su relación con sus héroes: «Íñigo ha crecido un poco más, y la visión que tiene de Diego Alatríste, su héroe, es un poco más cercana. Empieza a conocer los puntos débiles de Alatríste: se emborracha mucho; mata demasiado... Lo ve odiar. Percibe que Alatríste es humano y empieza a notar su lado más sombrío. El propio Íñigo es más amargo. Es al crecer cuando se ve la parte menos heroica de nuestros héroes de

infancia. Yo pasé veinte años en países en guerra y conocí no a Alatríste, pero sí a tipos parecidos a él. Mercenarios, asesinos, gente a quien una vida violenta les hacía ser como eran. Eso me dejó una visión del ser humano muy diferente de la que tenía cuando era joven. Entonces creía que el hombre era bueno y la guerra le hacía malo. Allí descubrí que no es así. Que el hombre es bueno y malo al mismo tiempo desde que nace. Vi hacer muchas barbaridades. En ocasiones, la guerra, las armas, la violencia, el horror, el dolor, la venganza y otras mil razones hacen que hombre saque la parte mala que tiene dentro. Digamos que la serie está construida con el punto de vista que adquirí en aquel tiempo. Si yo no hubiese sido reportero, no habría podido escribir estos libros». Tras Flandes, Cádiz y Sevilla, la novela volvía a Madrid, para centrarse esta vez en el mundo de las letras y el teatro, a través de la relación de Alatríste con una actriz, María de Castro, y de la preparación de la puesta en escena de una obra de Quevedo en El Escorial. El título es el de una historia que empezó a escribir una vez el padre de Arturo Pérez-Reverte, pero que luego se perdió y de la que sólo recordaba el título.

Ese mismo día, 9 de noviembre de 2003, Juan Eslava Galán publicaba en *El País Semanal* un recorrido por «los escenarios históricos y sentimentales de la nueva novela de Pérez-Reverte, un paseo por un Madrid de hoy, lleno de sorpresas y vestigios del Siglo de Oro», titulado «Madrid de capa y espada». Más adelante, ese material, ampliado, se

convertiría en un libro entero, llamado *Viaje a los escenarios del capitán Alatriste*, donde no sólo aparece Madrid, sino también los demás lugares por donde habían pasado las tramas de las novelas (Sevilla, Flandes, Nápoles, el Mediterráneo). Y el 13 del mismo mes se presentaba la quinta entrega. Es-lava Galán ya había sido convertido en personaje en *El oro del rey*, y ahora era el turno de Rafael de Cózar en *El caballero del jubón amarillo*, como dueño de la compañía teatral en la que actúa su esposa, María («Arturo me ubica con Lope, Tirso y Cervantes, y con esta gente estoy encantado, aunque sea cornudo y consentido»). Los dos, junto a Pérez-Reverte, protagonizaron muchas presentaciones de libros durante años, y esta vez no fue una excepción; hicieron una en Madrid y otra en Sevilla, acompañados por los actores Ginés García Millán y Daniel Albaladejo en una breve escena como Alatriste y Malatesta, adaptada por Leandro Pérez.

En enero de 2005 se presentó la adaptación a novela gráfica del primer libro de la saga, *El capitán Alatriste*, con guión de Carlos Giménez e ilustraciones de Joan Mundet, que desde el año 2000 ha sido el gran referente a la hora de definir el aspecto visual de la saga (no sólo eso, sino que además siempre se cuenta entre las primeras personas en leer cada novela, ya que necesita conocer su contenido para ir haciendo los dibujos). Al contrario del cómic de colorines anterior, dirigido a jóvenes, esta obra tiene el tamaño y la encuadernación de un libro y todas las viñetas están hechas en blan-

co y negro, lo que le da un ambiente de claroscuro tenebroso que va muy bien con el tono de la saga y de su siglo. Al respecto, Mundet explicó: «Es una novela densa, histórica, con muchos datos, dentro de una historieta de aventuras. Pero he tratado de contar la historia con todos sus matices. Todos los párrafos y diálogos incluidos están sacados de la novela, hasta el punto de que lo hubiera podido firmar el propio Pérez-Reverte». A esta novela gráfica le seguiría otra de las mismas características que adaptaba *Limpeza de sangre*.

En febrero comenzó el rodaje de *Alatriste*, que iba generando noticias sobre las localizaciones del rodaje y sobre las grandes cantidades de aspirantes a ser extra en los *castings* que se iban realizando por Sevilla, Cádiz o Madrid, los cuales hacían cola desde las cinco de la mañana en pleno invierno. El 23 de febrero tuvo lugar la rueda de prensa oficial para anunciar el rodaje, con la presencia del director, los productores, el reparto y el autor de las novelas, que afirmó: «Díaz Yanes ha sabido reflejar en el guión la España imperial que se va oscureciendo. De la gloria se pasa a la decadencia, y eso es lo que más me ha gustado. No he intervenido en él, y solamente he pedido que no se desvirtúe a un personaje tan conocido. Teníamos otras propuestas para llevar esta obra al cine, pero esperábamos esto: un guión que me conmovió y me puso la piel de gallina. Sentí cosas que no había sentido ni cuando escribía las novelas, e incluso he robado una escena para la quinta novela de Alatriste [la presencia de María de Castro en el hospital de sifi-

líticas]. En esta película se mata de verdad. Es esgrima sucia, no una coreografía de espadas. Alatríste es el único héroe posible: los niños de ahora, con todo el cine y la televisión que han visto, no se creen al buen espadachín, y sí a este asesino a sueldo de corazón oscuro que mata y vive de la espada en una España que se desmorona, que ha tenido todo y ya no tiene nada. A este héroe sólo le queda la espada, las cicatrices y los amigos. Han sido muchos los torpedos por que no saliera adelante, pero ha salido. No todos querían hacer la película así, sino muchas baratitas. Será un film durísimo».

Por su parte, Viggo Mortensen, el elegido para encarnar a Alatríste, se documentaba concienzudamente para el papel, y eso incluía, fiel a la costumbre del actor, viajar a solas por lugares geográficos que pudieran inspirarlo para componer al personaje. En este caso, eso consistió en conducir por Castilla y León, buscando el lugar de donde podía ser originario Alatríste. Las novelas hasta entonces sólo habían dicho que era de una familia de hidalgos de Castilla la Vieja, pero el sitio perfecto apareció para él en la vega del río Curueño, en las montañas del norte de la provincia de León, en concreto en los pueblos de Valdelugeros y Valdeteja, que visitó varias veces. Lugares en los que dejó amigos y donde incluso se le llegó a poner su nombre a una plaza. Esta procedencia del héroe fue otro de los detalles de la película que acabó reflejado en las novelas, que empezaron a mencionar en el pasado de Alatríste «las montañas leonesas de su infancia».

En una entrevista tras el estreno con capitán-alatríste.com, un foro no oficial que se abrió coincidiendo con el rodaje de la película, Pérez-Reverte manifestó: «La película está muy bien hecha, ha ido muy bien en taquilla para productores y director y me alegro mucho de ello. Viggo (Virgo lo llamaban en Cádiz) está inmenso como Alatríste, y la mayor parte (no todos, a mi juicio, aunque sí buena parte de ellos) de los demás actores también. Hay aciertos extraordinarios, actores inmensos y escenas magníficas. Copons, Malatesta, Garrote, Olivares, Guadalmedina, Quevedo se salen literalmente de la pantalla. Pero nadie puede discutir que es una película bellísima, espectacular y desacostumbrada en el cine español, con una ambientación, vestuario, producción y empaque extraordinarios. Guste más a unos (a muchos les ha entusiasmado, recordad los cuatro millones de espectadores) o menos a otros, es indiscutible que esa película es dignísima y tenía que hacerse. Además, ha servido para que mucha gente que no conocía a Alatríste se acercara al personaje».

Acompañando a la película, National Geographic hizo un documental llamado *El Madrid de Alatríste*. Y en diciembre de 2006 llegaba la sexta novela, *Corsarios de Levante*. ¿Había influido la película en ella para algo? Aparte del par de detalles mencionados, no, y además Pérez-Reverte no se considera atado por las aventuras futuras de los personajes en la adaptación cinematográfica. ¿Angélica y Guadalmedina tendrán algo que ver juntos? ¿Copons ayudará a Íñigo con sus ahorros tras

ser apresado por traición? Ya lo sabremos. O no. La última decisión del canon, desde luego, corresponderá a su creador. «A la hora de escribir (yo ya tenía empezado este último libro, lo dejé para después de *El pintor de batallas*, y lo terminé en estos ocho meses que han transcurrido), el desafío era ver si iba a ser capaz de seguir escribiendo sin que se me metieran las imágenes de la película *Alatriste*, pero llevo tantos años con él que lo tengo muy claro. A veces veía un gesto de Viggo o de algún personaje de la película, pero realmente no ha sido contaminado el *Alatriste* literario por el cinematográfico, sin que esto signifique nada peyorativo para el de la película, del que además, como ya he dicho, estoy muy contento».

Esta vez, Íñigo y *Alatriste* recorren el Mediterráneo de oeste a este, de modo que la historia transcurre en tres escenarios principales (las plazas de Berbería en el norte de África, el Nápoles de los españoles, y el mar Egeo y la costa turca) donde se encuentra una suerte de patio de vecinos a menudo mal avenidos con los que se comercia con una mano y a los que se intenta apuñalar con la otra. Por el camino se topan con veteranos en plazas españolas ocupadas desde antiguo, pero sin los medios suficientes para mantenerse dignamente. Era, además, un tema que no se había tocado mucho en la memoria histórica española, más ocupada con Europa y América. Y una de las cosas que se dejan claras es que los españoles hicieron el corso tanto como los turcos o los berberiscos, en esa frontera mestiza que era el Mediterráneo. Además,

como deleite añadido, «el Mediterráneo, junto al que nací y por el que navego con preferencia, es mi verdadera patria, así que ha sido un gustazo hacer una novela con tanta trama marina».

4. Íñigo se hace mayor (y el autor y sus lectores también) (2007-2024)

En noviembre de 2007 se celebró en Murcia el «I Congreso Internacional Alatríste», que duró cinco días y en el que se tuvo lugar un buen número de charlas y ponencias, además de una exposición de trabajos de Mundet relacionados con Alatríste. Ya había habido varios congresos anteriores sobre la obra del autor (y el esfuerzo sostenido de la Universidad de Murcia ha acabado cristalizando en la creación de la Cátedra Arturo Pérez-Reverte), pero este en concreto se centró solamente en la saga alatríste, y de él resultó el volumen *Alatríste: la sombra del héroe*, con una treintena de trabajos publicados en él. De particular interés fueron las contribuciones en aquellos días del propio autor, hablando con José Perona sobre el personaje, con el productor ejecutivo Íñigo Marco sobre la película y con Rosa Junquera, entonces jefa de prensa de Alfaguara, sobre el proceso editorial: «Desde el principio nos pidió prudencia, sobre todo a la hora de establecer la tirada, porque aunque vendía muchísimo, no sabíamos cómo iba a ser aceptada esta serie ni el perfil de lector al que iba a interesar, aunque partíamos desde una base importante de lectores adultos. Y nos decía incluso que como era un proyecto tan personal, le daba

incluso casi igual cómo fuera recibido: quería hacerlo. Y afortunadamente los resultados fueron espléndidos. Como curiosidad, varias veces nos ha pasado que sale un nuevo alatríste, se hace un superventas, y nuestro segundo superventas es otro alatríste anterior».

Tras el sexto libro hubo que esperar cinco años hasta la publicación del séptimo (2011), en el mismo año en el que Augusto Ferrer-Dalmau pintó su famoso cuadro *Rocroi, el último tercio*, donde, sí, aparece Alatríste, a la derecha del todo, con los rasgos de Viggo Mortensen, en una nueva conexión entre arte, historia y literatura. «Al ir escribiendo unos libros salen ramificaciones, asuntos e ideas para nuevas historias. El próximo, por ejemplo, *El puente de los Asesinos*, es la parte del libro anterior, *Corsarios de Levante*, que no llegué a escribir en su momento porque mientras trabajaba comprendí que sería demasiado largo. Así que decidí partirlo en dos. Afortunadamente, la chistera es cosa mía y puedo sacar de ella lo que me apetezca. Dos o tres alatríste, o doscientos. Tampoco tengo un plan rígido ni cerrado, ni plazos que cumplir».

Este libro tuvo la peculiaridad de que Pérez-Reverte (@perezreverte) comentaba, antes de publicarlo, parte de lo que iba escribiendo en Twitter, donde se había abierto cuenta el año antes, ofreciendo unos destellos fascinantes sobre cuestiones propias del artesano de la narrativa, como los dilemas que resolver, las dificultades, el horario, las fuentes usadas y, en su caso, el goce personal. Siempre ha dejado claro que escribir libros

requiere esfuerzo, dedicación, horas y un tipo de trabajo laborioso, repetitivo y hasta pesado, pero nunca ha dejado de mencionar que para él la agnía de la página en blanco no existe y que verdaderamente disfruta creando lo que escribe: «Empiezo el capítulo 4 de *El puente de los Asesinos*. Ya tengo al amigo en Venecia. Y lo estoy disfrutando como un pollo puesto sobre una paella. Además, me encanta escribir blasfemias en italiano. *Sporca Madonna, cazzo di Dio* y cosas así. Con mucho clang clang de toledanas. Que se jodan los intelectuales puristas profundos. Hay días en que sólo apetece contar estocadas». «Pues aquí estoy un rato. Dejo a Íñigo Balboa (capítulo 5) recién salido del catre de la criada Luzietta. Días de libros y disfrute, sin teléfono. Para lo de la sirvienta saqueo a Cervantes, el Aretino y *La Celestina*, entre otros. Dan tono e ideas». «Líquido capítulo 7 del amigo Alatríste. Esta tarde he pasado al ordenador las últimas correcciones. Es curioso este estado intermedio en el último tercio de cada novela. La historia ya existe, pero tu cabeza teje cosas que todavía no. Miras el montón de folios impresos y te dices que si ahora desaparecieras o renunciases, todo eso moriría ahí. Nunca sería, pese al año de trabajo que ya llevas hecho. No llegaría a ningunas manos, ni tendría existencia real jamás, sin ti. Eres la delgada línea roja». «Acabo el capítulo 8 (“Pese a quien pese”, se titula) del nuevo Alatríste saqueando a Cervantes: “Espada tengo. Lo demás, Dios lo remedie”. Llevo años y años queriendo colocar esa frase de *El casamiento engañoso*. Y por fin puedo.

Voy a buen ritmo, creo. Un par de meses más. Disfruto tanto que no tengo prisa». «Un rato de respiro. Acabo correcciones y demás. Hace una hora liquidé el capítulo 8. Hoy dormiré pensando en el 9, que empiezo mañana a las 8:00. Sentiré despedirme del amigo Alatríste por una temporada, a final de año. Lo disfruto como se disfruta de los viejos compañeros. Hay días en que, tras repasar a Quevedo, Cervantes y otros fulanos de su cuerda, me convenzo de que hablo la lengua más hermosa del mundo. Con ellos me late la vena de barrer para casa». «Lo tengo cruzando la plaza de San Marcos bajo la nieve. Capítulo noveno. Y último. O casi. Día de trabajo tranquilo, sin que suene el teléfono. Hasta las 15:00 anduve (literariamente) por Venecia. Conversación Alatríste-Íñigo, con este último respondón y juvenil (lleva tiempo queriendo matar al segundo padre) que me tuvo en ascuas. Difícil. Ya están resueltos los diálogos, que eran lo más complicado. Mañana y pasado desarrollaré gestos, situaciones, ambiente, etc. Todo va bien, ahora». «Bien. Acabó el curro por hoy. Me despido definitivamente del nuevo Alatríste. Últimas correcciones hechas. Un año de trabajo liquidado. Una limonada y Los tigres del Norte cantando “También las mujeres pueden” (y vaya si pueden)».

Hasta ahora, los seis primeros alatrístes podían dividirse en alatrístes españoles o extranjeros, y alatrístes de misiones o de guerra. Los del primer grupo, españoles y de misiones, serían cuatro (*El capitán Alatríste*, *Limpieza de sangre*, *El oro del rey* y *El caballero del jubón amarillo*), que se desarrolla-

ban en Madrid y Sevilla (y sus alrededores), y en los que el foco de la narración se ponía sobre una misión que cumplir o un peligro que evitar: la visita de los dos ingleses, unas investigaciones inquisitoriales, una urca flamenca llena de oro o una conspiración contra el rey. Los otros dos libros se desarrollaban en Flandes y en las costas mediterráneas, y en ellas el principal objetivo era mantenerse vivo, que no es poco, y atacar a y defenderse de enemigos. El séptimo volumen era una mezcla de los dos tipos, lo cual quizá pudiera reconciliar a partidarios que prefirieran uno sobre el otro. Mientras que seguíamos fuera de la península Ibérica, en varias ciudades italianas, el asunto principal era una misión que cumplir: en concreto, intentar asesinar al dogo (o dux) de Venecia durante la misa de Nochebuena de 1627. Mientras llega el momento culminante, el plan va fraguando en un recorrido que lleva a los protagonistas desde Nápoles hasta Roma y luego a Milán, visitando una Italia invernal y hasta con un punto gótico. «Mi imagen de Venecia, adonde voy muchas veces a fin de año, es muy distinta de la convencional: es una Venecia gris, lluviosa, nevada a veces, y no la luminosa de los canales que la mayoría de la gente conoce. Quevedo la odiaba porque realmente era el peor enemigo que tenía el Imperio español en Italia. “Es gente sin más religión que su interés”, decía Quevedo de los políticos venecianos. Y ahora estamos rodeados de “venecianos” por todas partes, en el peor sentido de la palabra». Además, Íñigo ya tiene dieciocho años y lleva un tiempo te-

niendo ciertas desavenencias con su mentor y padre sustituto.

Y fue entonces cuando comenzó el equivalente del Gran Hiato de Sherlock Holmes: los años iban pasando y aunque Pérez-Reverte publicaba un libro nuevo cada año (a veces más), ninguno de ellos era un alariste, a pesar de que las solapas de los anteriores aún prometían dos más, incluso con sus títulos. Él ya había expresado que tenía otras historias que quería contar, como la del bailarín mundano Max Costa, la de la *scout* literaria Lex Varela o la del académico Pedro Zárate. El manantial volvió a dar un poco de agua a los sedientos en 2015 con la serie de televisión *Las aventuras del capitán Alariste*, protagonizada por Aitor Luna, y en 2016 con el lanzamiento de *Todo Alariste*, un volumen de casi dos mil páginas, con todos los libros publicados hasta entonces, introducciones especiales y nuevas ilustraciones de Mundet para unificar el aspecto gráfico. Un magnífico tomo, sin duda, pero ese «todo» del título daba a entender, desde luego, que se llegaba a un punto en el texto. La duda era si sería un punto y aparte o un punto final. Porque además, en los tres años siguientes Pérez-Reverte se embarcó en una nueva serie de libros, la protagonizada por el agente Lorenzo Falcó durante los años de la guerra civil española, que también tuvo mucho éxito y que reclamaba su propio espacio y continuaciones. Y después llegaron, en años consecutivos, *Sidi*, *Línea de fuego*, *El italiano*, *Revolución*, *El problema final*, *La isla de la Mujer Dormida*... Incluso, durante la pandemia, se

dio cabida a un libro publicado sólo en formato electrónico, *La cueva del cíclope*, que recopilaba los miles de mensajes sobre libros y autores que Pérez-Reverte había escrito en Twitter, con una sección propia, entre otras muchas, para las dudas y preguntas de los lectores sobre las aventuras de Alatríste. Pérez-Reverte siempre ha dicho que nunca ha tenido problemas para imaginar nuevas historias que contar, tantas que probablemente unas cuantas nunca lleguen a escribirse, por lo cual quería poner extremo cuidado a la hora de elegir cuál sería la siguiente, libro a libro, partido a partido, sin decidir siquiera cuál sería la escogida dos libros más allá. ¿Estarían las de Alatríste entre las postergadas?

Y entonces llegó el 25.5.25. Ese día Pérez-Reverte, con un simple «Vuelve», anunció en Twitter (ya llamado X) que, tras lo que se podría llamar la tregua de los Catorce Años, llegaba el octavo alatríste. Por fin el tocho de casi dos mil páginas quedaba incompleto y pasaba a convertirse en un *(Casi) Todo Alatríste*. Además, no sólo volvía, sino que lo hacía con el título más esperado de los prometidos: *Misión en París*. ¿Por qué tanta expectación? Porque esa historia podía contener trazas de mosqueteros. Pérez-Reverte, sin grandes anuncios, pero sin ocultarlo si se le preguntaba, siempre había dicho que sí, que en esa entrega, cuando se publicara, aparecerían personajes de *Los tres mosqueteros*, el libro leído a los nueve años al que atribuye su despertar a la aventura y a las letras. D'Artagnan y sus camaradas llevan camino de dos siglos

siendo legendarios, pero en los últimos treinta años Alatríste y los suyos han venido demostrando que también hay que contar con ellos. El *crossover* se anunciaba épico: «Es medianoche. Íñigo Balboa aguarda expectante en París la llegada de Diego Alatríste, a quien acompaña Francisco de Quevedo y Sebastián Copons. El joven lleva meses sirviendo a Felipe IV en los correos reales y está allí para entregar unos despachos al conde de Guadalupe. No ha vuelto a ver al capitán desde el año anterior, cuando terminó la arriesgada encomienda que tuvieron que afrontar en Venecia. Son tiempos convulsos para Francia: los protestantes de La Rochela, con apoyo inglés, resisten un duro asedio por parte de las fuerzas francesas a las órdenes del cardenal Richelieu. Por mediación de Quevedo, Alatríste y sus hombres se verán envueltos en una peligrosa misión secreta ideada por el conde-duque de Olivares. Esta vez el objetivo es de tal magnitud que la aventura a la que se enfrentan podría cambiar para siempre el curso de la Historia». En la novela, París deslumbra al visitante, los contrastes entre Francia y España se hacen evidentes, hay un anillo azul y una carta salvadora, varias figuras del pasado vuelven a la mente de los protagonistas, y la reputación con tilde en la ó se mide con la *réputation* con tilde en la é. En esta entrega, más que nunca, no quedaba sino batirse.

5. Treinta años después

Y entonces, tres décadas más tarde, ¿qué han dejado *Las aventuras del capitán Alatriste*? Sin duda, unas historias contadas con línea clara, con un estilo preciso y unas descripciones pormenorizadas en las que cada detalle tiene su importancia. Una serie que ha hablado de lo bueno y de lo malo, alabando y criticando cuando tocaba («ha habido cretinos que dicen que Alatriste es un canto a la España imperial. Es mentira. Creo que se han escrito pocas cosas tan descarnadas sobre España como Alatriste»). Unas novelas que fueron novela histórica cuando el *boom* del género aún no se había materializado, y que han hecho de locomotora para la siguiente generación de escritores españoles (no hay año en el que algún nuevo autor no mencione que tiene a Pérez-Reverte entre sus influencias y sus lecturas más recordadas). Unas historias en las que los lectores se reconocen tanto que muchos le dicen a su autor que Alatriste es como ellos o que conocen a alguien que lo es («y gente muy distinta: hay cantantes, actores y hasta bailarines que me han dicho “es que yo soy Alatriste”»), y tanto que amenazan físicamente a su autor con represalias a lo *Misery* si no sigue escribiendo más entregas.

Esto incluye a las mujeres, porque los personajes femeninos en la saga aparecen apropiadamente descritos como lo que se les permitía ser en su época, pero no están limitados a ser meras comparsas. Caridad la Lebrijana («mi favorita, porque es la madurez, el sosiego, la serenidad, las arrugas»), María de Castro, Angélica de Alquézar o Livia Tagliapietra aparecen en sus papeles encorsetadas (a veces literalmente) por el mundo que les han construido alrededor, pero, hasta donde pueden conseguirlo, luchan por ser dueñas de su destino a base de mirar, aprender y usar lo aprendido para sobrevivir. «Creo que cualquier mujer puede reflejarse en Alatriste. La amargura de la lucidez es una característica más femenina que masculina. Ser mujer y lúcida es una cabronada, porque así se percibe la trampa en la que una mujer se ve metida hoy día en el mundo moderno. No te permiten dejar de ser lo que has sido durante tantos años y te exigen que seas lo que no has sido nunca. Le asombraría ver la cantidad de mujeres que me mandan cartas sobre Alatriste».

La lucidez que da el saber cómo fueron las cosas cuando lees sobre ellas y la fatiga que provoca el ver cómo siguen siendo cuando las vives por ti mismo son los sentimientos que conectan al que lee Alatriste confrontándolo con el mundo que lo rodea y con el mundo del que viene. Eso, y la convicción de que a pesar de todo son necesarios una dignidad y un valor personal para sobrellevarlo todo cuando parece demasiado peso. Salgari o Dumas fueron los maestros, pero el alumno ha lleva-

do las enseñanzas, junto a sus propias vivencias, a otros lugares más lejanos, con una cantidad de reflexión interior, complejidad estilística y uso de la información histórica que hacen sostenerse a la saga alatrística por sí misma. Cuando acaban las estocadas, cuando se termina la jarra de vino, cuando se abandona la compañía nocturna del lecho, cuando llega el final de la misión, afortunadamente con sólo unos rasguños en el pellejo, la sonrisa de la aventura se congela: las joyas con que te premiaron eran falsas, afuera el frío y la dureza aumentan, y lo único que has sacado es ser un año más viejo. «Yo quería mostrar, y desde el principio, la amargura de ser español. Alatríste entra en aspectos mucho más turbios y oscuros, más inquietantes, apunta a otro objetivo, sencillamente». Hay un tipo de novela histórica que se limita a recrear una época, y otra más compleja, que es aquella que pretende utilizar la mirada histórica para establecer nexos entre presente y pasado, y de esta clase son las de Alatríste.

Sin embargo, es muy importante no dejar que los marcos del siglo XXI se apliquen de forma inadecuada a hechos de otros tiempos: una cosa es usar la historia como *magistra vitae*, y otra juzgar el pasado con mentalidades posteriores: es posible horrorizarse por las crueldades de un mundo cuyas naciones se forjaban a base de guerras, invasiones y violencia (toda esa gente caminando armada por Madrid como lo más normal del mundo lo atestigua) y también admirarse y fascinarse (sin que eso conlleve idolatría ni deseo de emulación) con

cómo se planeaban y desarrollaban ciertos acontecimientos: una guerra de caponeras, un reclutamiento de jaques sevillanos, una cabalgada a matcaballo en busca de un libro verde, tres barcos contra ocho, asaltar un castillo flamenco o un campamento moro cuando no te pagan, poemas insultantes, brillantes, misóginos, épicos, melancólicos... «La mirada del hombre del XVII puede que no nos sirva de nada ahora, pero sí es cierto que es bueno saber cómo miraba el mundo ese hombre». Y en cuanto a los comentarios sobre si leyendas negras o si imperialismo de nuevo cuño, la cuestión puede zanjarse con un par de citas: esta es la saga que contiene al mismo tiempo las frases «España, la vieja perra ingrata» y «España tuvo, durante un siglo y medio, bien agarrados a Europa y al mundo por las pelotas». Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

Diego Alatríste y Tenorio se ha convertido, en suma, en el personaje más conocido de las letras españolas actuales. Don Quijote, el Lazarillo, la Celestina, Don Juan, la Regenta, Fortunata, Jacinta, el Gabriel de Araceli de Galdós, Pepe Carvalho y un puñado más (no mucho más) son algunos de los grandes monumentos que constituyen el paisaje literario desde que los españoles de hoy tienen memoria lectora, pero ¿a cuántos otros personajes de novelas españolas podría nombrar cualquier persona que paráramos por la calle? Incluso quien no lo ha leído, no ha visto la película, ni sus gustos se inclinan por ahí sabe quién era (y es) aquel capitán de los tercios. «Cuando te subes a un taxi y

el taxista te dice “¿Qué tal Alatríste?” quizá no sea porque se lo haya leído, sino porque ya ha salido del territorio delimitado y se ha instalado en otro imaginario, lo que como autor es un privilegio maravilloso». De hecho, es la repercusión en las vidas de la gente lo que deja una impresión más honda, tanto en el autor como en sus lectores: «A este respecto recuerdo paseos matutinos por el barrio de las Letras de Madrid, donde en el siglo XVII vivían juntos Cervantes, Lope de Vega o Calderón y donde me encuentro, a veces, con profesores que enseñan a los alumnos la historia de esas calles, salvando la dignidad, sin rendirse. Esa es la verdadera satisfacción. Una mañana, una profesora andaba por allí con su mochililla, rodeada de chavales, diciéndoles “aquí nació tal, y aquí murió cual, y en esta casa vivió”... Libraba su modesta batalla contra la ignorancia. Y cuando, por casualidad, me vio pasando por allí, les dijo: “Y este señor es el que ha escrito *El capitán Alatríste*”. Yo no soy un tipo blando, pero esa vez me emocioné». El relato completo de esa anécdota puede leerse en su artículo «Cervantes, esquina a León».

Ese privilegio, además, se extiende al otro lado del Atlántico, a pesar de que su autor ha dicho que Alatríste nunca cruzará el charco. «Sería falso llevar a Alatríste a América. La gente de su clase no iba tan lejos, a no ser para quedarse. Si lo llevo a América, con lo lento que era el viaje, me rompería el plan. Así que no, no irá a América. Lo lamento por los amigos mexicanos que me lo han pedido. Y al Cono Sur menos aún, que está más le-

jos todavía. Al río de la Plata ni de coña». Como hemos dicho, de allí llegaron las primeras iniciativas sobre usar los libros en las escuelas, y sin duda aquello ocurrió por la historia y el lenguaje que comparten ambos mundos. «En Hispanoamérica los alatrístes van muy bien y se adoptan como propios sin problema ninguno. Al fin y al cabo, Alatríste es compatriota suyo. En el XVII eran españoles, para lo bueno y sobre todo para lo malo. Es muy fácil que se metan en la piel del personaje. Más que amor por la madre patria (concepto muy relativo) es amor por la lengua que hablamos a ambos lados del mar, por la cultura de lo español, por la memoria. Que cada presentación alatrístesca en México o Buenos Aires se llene de gente, como ocurre, y haya colas para que les firme los libros, me hace sentirme muy orgulloso y satisfecho».

En suma, ¿qué se puede aprender de Alatríste hoy en día? «Alatríste era un hombre de su siglo, tan machista de comportamientos como la sociedad en que vivía. Pero eso no excluye la ternura, o el remordimiento, o el sentido común. Recuérdemos que es lúcido y lee libros, y eso determina mucho. También conoce a las mujeres porque ha entrado mucho en ellas, y las respeta por lo que allí dentro ha averiguado. En cuanto a sentimientos y amor, la cuestión es complicada. La vida lo ha despojado de ciertos sentimientos e inocencias. Ya no se puede enamorar como cuando tenía veinte años y estaba en Nápoles. Aunque ahora se enamora de verdad, nunca lo aceptaría. No puede permitirse ese lujo. Ha estado en Troya y ha vuel-

to, con la ciudad ardiendo a sus espaldas. Ahora sabe que ciudades, vidas, hasta el más intenso amor, tienen un final. Evita el vínculo sentimental con las mujeres, incluso con aquellas hacia las que siente especial ternura, pues tiene la certeza de que, en hombre como él, cualquier lastre físico o sentimental le impediría hacer frente a lo que sabe llegará un día. Ese día en el que necesitará estar solo, espada en mano, para vender cara su piel, como quien es y ha sido. Los hombres lúcidos como Alariste saben que a la muerte se va completamente solo, sin nadie que te distraiga, te inspire deseos de esquivarla, o te haga perder las maneras. Lleva muchos años preparándose para eso. En realidad, toda su vida, desde que adquirió lucidez, es un prepararse para morir... No es casualidad que en Japón, los lectores de allí digan que Alariste tiene algo de samurái».

Antes de publicarse la octava novela, se habían vendido cinco millones de ejemplares sólo en español y otros dos millones en los veintiún idiomas a los que se ha traducido, incluyendo, inevitablemente el inglés, sobre todo a raíz de la película. Son cifras fehacientes e impresionantes, pero el número incuantificable de lectores reales y la importancia de su impacto va bastante más allá, a través de bibliotecas, escuelas, amigos, e incluso ya padres y abuelos de cuyos estantes se toman libros prestados, de la misma forma que cada generación ha hecho con los vernes, dumas o salgaris de la anterior, incluyendo al propio Pérez-Reverte con los suyos, tanto por parte materna como paterna. In-

cluso, por qué no, esos piratas informáticos que asomaban en el horizonte en el año 2000 hoy siguen llevando alaristes en su botín.

Pero seguirá habiendo Alariste, ¿no? Se terminará la saga, ¿verdad? Sobre eso, cada vez que se le pregunta al autor la respuesta ha venido siendo «habrá más si vivo lo suficiente», pero descuiden vuestros mercedes, que la voluntad está ahí: «Con Alariste tengo que cumplir. Si vivo, claro, otra cosa es que mañana me caiga al mar, se hunda mi barco o me estrellé con el coche, pero si vivo lo suficiente esos dos libros tengo que escribirlos. El de París y el de *La venganza* son compromisos, y yo cumplo mis compromisos. Alariste tiene que ir a París, porque allí pasarán cosas y se encontrarán con personajes interesantes, y en *La venganza* Angélica tiene que volver, tiene que haber una tensión no resuelta, o todavía no muy resuelta, entre Íñigo y Angélica, y en ese volumen espero solucionarla. Y cuando se acabe la serie... pues ahí se quedarán, el que quiera puede leerlos otra vez. A mí me pasó cuando terminé de leer la serie de Patrick O'Brian. Me dije "qué pena, pero bueno, puedo empezar desde el número uno", que es lo que hice, o cuando me terminé de leer *Los tres mosqueteros* y lloré con Porthos en la gruta de Locmaria o con D'Artagnan en Maastricht. ¿Qué hice? Empecé otra vez. Lo bueno que tiene eso es que el que ama la serie, los personajes, siempre puede empezar otra vez».

Veintinueve años después, aquellos cuarenta y cuatro años de edad hoy son setenta y tres, por lo que el autor ha pasado de tener la misma edad que

su personaje (Carlota es quien ahora es quinta del capitán) a superar la fecha de su muerte y a llegar, presumiblemente, a la que podría tener el alférez Balboa cuando escriba sus Papeles. No es mala manera de seguir recorriendo ese camino con el que se conecta lo que se vive con lo que se lee y se imagina, para así crear nuevas y emocionantes historias. «Como soy de los que procuran ser leales a los viejos camaradas, espero que saberme observado por Diego Alatraste me ayude a envejecer con dignidad».

Este libro se terminó
de imprimir en Casarrubuelos, Madrid,
en el mes de julio de 2025



ALFAGUARA

